

Exposición preliminar

Un relativismo generalizado

A cada uno la palabra.
 A cada uno la palabra que le cantó,
 cuando la jauría le atacó por la espalda.
 A cada uno la palabra que le cantó
 y quedó helada.

Paul Celan ("Argumentum e Silentio")¹

¡Poder de la nominación! Se lo sabe de tiempos remotos, "Dios dice". Y al hacer esto crea lo que nombra: luz, cielo, agua, tierra, astros, etc. (*Génesis* 1, 3-24). De allí deriva esta estructura antropológica, una cosa sólo existe cuando se "dijo" lo que es, a veces incluso cuando se dijo lo que debería ser.

Por la tarde, en una de esas caminatas meditativas por el alto valle del "Clarée", uno de esos escasos lugares que escapan a la devastación de una sociedad en combate con su *hybris* faustiana, un viejo del pueblo explica que, curiosamente, ese importante torrente de montaña ha quedado reducido al papel de afluente de un delgado chorro de agua, llegado de un desfiladero vecino, el Durance.

¹ Versión de José Luis Reina Palazón en *De umbral en umbral* (1955), *Obras completas*, Editorial Trota, 1999.

La bella historia del anciano es corroborada por los más antiguos documentos históricos y cartográficos. Muy sencillamente porque ese desfiladero, el Montgenèvre, era el lugar de paso estratégico entre el Piamonte latino y la Galia insumisa. Julio César y todos los geógrafos latinos darán el nombre de “Druentia”, el del pequeño curso de agua que sale del desfiladero, al río y al valle que lleva, todavía, ese nombre.

El poder político y su fuerza militar cartografían el mundo. Lo crean simbólicamente. Y, aunque se tienda a olvidarlo, la fuerza del símbolo no escapa a los tiranos, quienes, instintivamente, saben bien cómo utilizarla. La función de las fotos stalinistas está ahí para probarlo, a través de ellas se borraba hasta la existencia misma de un opositor o de un cortesano que había dejado de simpatizar.

Permanezcamos en la vena de esas “buenas historias del tío Paul” que encantaron nuestra infancia. Un salón del hotel Lutétia, recién iniciados los años 80. La “flor y nata” intelectual de París se apresura al lanzamiento de un libro de la prestigiosa colección “Terre humaine”, *Memorias de los sobrevivientes del campo nazi de Treblinka*. Es tiempo de celebración. Consenso, justificado, sobre los horrores concentracionarios, orquestado por los oficiales de la RDA que han olvidado que ellos también fueron alemanes.

¿Pero qué bicho me está picando? Ya no tengo edad para remitir a la figura de leninistas o trotskistas de todo tipo la masacre de los marinos de Cronstadt, o el exterminio de los anarquistas de Makhno a manos del Ejército Rojo. Y sin embargo no puedo evitar tomar la palabra para recordar a la piadosa asamblea la masacre de Katyn, donde miles de oficiales polacos fueron ejecutados por los agentes de la NKVD soviética.

Al hacer esto, era cuestión de recordar, frente al bienpensantismo dominante, lo que Arthur Koestler llamaba la “natural similitud” que une a los regímenes stalinista y nacionalsocia-

lista¹. Pero no podían recibir algo así. Y, abucheado, tratado de provocador, debí, cobardemente, huir bajo los abucheos. El antropólogo G. Balandier, a quien yo acompañaba, me ayudó en este sentido. ¡Me trajo un poco más tarde la toalla que yo había arrojado a mis perseguidores!

¡Estamos en 1980! Y el poder intelectual nombra el Bien y el Mal. Lo que puede ser “dicho”, y lo que no puede serlo. Sin embargo, la obra novelesca y biográfica de Arthur Koestler es ampliamente conocida. Hace poco (1979), Manès Sperber, igualmente, publicó *Más allá del olvido*. Pero, conocido proceso de la denegación, la Moral está de un lado, del buen lado, el resto no puede, no debe sobre todo decirse.

Koestler, cuya vida y obra son apasionantes, ¡debió, además, soportar que lo sermoneasen! Una periodista muy conocida, y reconocida por la intelligentsia parisina, no dudaba en escribir, a propósito de uno de esos procesos orquestados por Moscú, que Kostov, un “inculcado”, ejecutado poco después, “patente y auténtico traidor” no siguió el libreto seguido por el Sr. Arthur Koestler. Las marionetas de Koestler maravillan a los burgueses de Occidente, felices de reducir a los comunistas a su medida...”, etc., la continuación del mismo asunto, de la misma palabrería que celebra la lógica de la historia y la moral de la clase obrera.

¿Por qué recordar esto? Sucede que recientemente la periodista en cuestión salió a la carga “a priori y sin fundamento” contra el intercambio sexual de parejas, las “partusas” del medio artístico. El moralismo tiene ante sí días espléndidos. En todo caso, con total impunidad, quienes imparten lecciones de moral política o de moral sexual continúan su trabajo de limpieza.

Siempre dentro del mismo registro de la “nominación”, de “decir” lo verdadero y lo falso, y por ende de hacer la división

1. Koestler, A., *Hiéroglyphes*, Calmann-Lévy, 1955, p. 476. Remito también al admirable libro de M. Laval, *L'homme sans concessions, Arthur Koestler et son siècle*, Calmann-Lévy, 2005, que me incitó a volver a la obra de este pensador libre y audaz.

entre el Bien y el Mal, hago sostener en 2001 la tesis de doctorado de una astróloga mediática. El tema no podría ser más académico: “La ambivalencia de la prensa frente a la astrología”. El jurado, presidido por Serge Moscovici, no otorga la mejor mención y la surte de importantes críticas.

El clamor es general. Lo legitima un artículo, en primera página, del “diario de referencia” del conformismo francés, que lanza el oprobio sobre aquellos que se prestaron a semejante mascarada. El autor del artículo, lo reconoció más tarde, no leyó la tesis. ¡Y qué problema hay! Se siente muy cómodo para impartir lecciones dado que en un libro, aparecido décadas antes, justificaba, en respaldo de las revoluciones china y camboyana, los campos de corrección para los intelectuales malpensantes. La moral científica está bien defendida, la antigua “joven guardia” que tenga prudencia¹. En todo caso, san Agustín tuvo cierta presciencia cuando declaraba “*mundus est immundus*” ¡Aunque difícilmente apuntara al aludido diario vespertino de “referencia”!

Y qué decir de los dos sociólogos que se ocuparon, meses más tarde, de hacer un análisis crítico de dicha tesis. Uno, cuya “obra” se limita a un opúsculo sobre la utilización de las estadísticas, sobre el que se susurra en los medios bien informados que debe mucho a los cursos no editados de uno de sus profesores, firma, hace poco, en el mismo periódico de referencia un artículo donde toma posición “en tanto católico” sobre un tema cuya importancia para el pensamiento puede medirse: “¿era necesario que renunciara un papa que envejecía y estaba enfermo?” Lugar para los jóvenes ancianos en cierto modo.

Puede comprenderse mejor por qué un católico que, cada semana, asiste a la transubstanciación del pan y del vino en el

1. Cf. Baudelot, “La sociologie sous de mauvais astres”, *Le Monde*, avril 2001, y Baudelot, *L'École capitaliste en France*, Maspero, 1973.

cuerpo y la sangre de Cristo, y otros milagros de la misma especie, se levante contra la superchería de la astrología. En el país de los ciegos...

En cuanto al segundo de estos sociólogos “patentados”, hace su agosto universitario con la pluralización de la persona. ¡Claro! Eso me recuerda algo. Ah, sí, en mi libro sobre lo cotidiano de 1979, yo introducía la noción de “duplicidad” en el seno del individuo como disparador para un cambio de paradigma. Lo mismo en *El tiempo de las tribus* (1988) donde mostraba el paso del individuo (indivisible) a la persona (plural). Luego un poco más tarde (*En el crisol de las apariencias*, 1990), consagraba un capítulo al deslizamiento desde la identidad hacia las identificaciones múltiples.

¿Cómo llamar a esto? No se trata de bandolerismo de alto vuelo, no. Es más bien una práctica benigna, la travesura de un pícaro de suburbio. Un insignificante carterista de barrio. Una incivildad intelectual en cierto modo. Pero claro, como esto se debe ocultar cierta gente se da aires de justiciero moral. De moral académica, desde luego. Tengo algunos recuerdos de mis clases de humanidades. ¿No es así cómo procedían los sicofantes en la antigua Grecia? Le hacían un proceso a alguien. Se declaraba su indignidad pública. A fin de poder apropiarse, legítimamente, de sus bienes. El viejo Marx tenía mucha razón cuando decía a propósito de los burgueses: no tienen moral, se sirven de la moral.

No vamos a hacerles el honor de “nombrarlos”. Recordémosle a nuestro sociólogo católico la evangélica expresión de Jesús: “*Qui potest capere capiat*”, ¡quien pueda entender que entienda! De hecho, se trata de las tipicalidades. Aquellas del nihilismo moral bajo la hipócrita afirmación de la moral (costumbres, ciencia, política) universal.

La stalinista conversa, el maoísta malcriado, el católico siempre cura y el arribista que no arribará son los *tipos*, entre otros,

de una vasta y grotesca comedia humana. Máscaras gesticulantes de esas hipócritas institutrices y otros modelos de virtud cuyos inquietantes contornos Goya supo trazar.

Sicofantes, delatores, ésta es sin duda la consecuencia de una sociedad de vigilancia. Aquella en la que el riesgo cero se promueve como ideal de vida (social, político, científico). Oigan, todavía otro “consejo” evangélico que nos da un célebre abogado: “¡Denúnciense unos a otros es el nuevo credo de una sociedad paranoica y malvada que vigila todo y no impide nada!”¹ Y se hacen peticiones contra una mala tesis, contra el acoso sexual, a través de las cuales se ha inculcado a tal o cual persona. ¡Estas sí son costumbres tribales que no quieren reconocerse como tales! El afecto juega allí su parte, por más que se las revista con el suave nombre de *Razón*.

¡Tranquilo, amigo! Calmémonos. Ciertas figuras tutelares sabiamente enmarcadas sobre mi escritorio reclaman de mí algo más de dignidad. Desde la “nominación” del Durance realizada por Julio César hasta la masacre de Katyn a manos de los comunistas, sin olvidar las mentiras stalinistas, los engaños maoístas, las hipocresías católicas u otras raterías universitarias, sí, larga es la lista de las cobardías, abulias y maldades intelectuales. Y haremos bien en contarles, en días futuros, a nuestros nietos todas esas, grandes y pequeñas, fechorías. Pero dejemos esos “cuentos del tío Paul” para más tarde. Necesita tiempo para cargar su pipa.

Sí, a propósito de pipas, Ernest Bloch, György Lukács, Walter Benjamin también, fuman tranquilamente, con aires de viejos sabios. Son vecinos de Martin Heidegger, Herman Hesse, Thomas Mann y Georg Simmel. Vaya, qué extraño panteón. *Pandemonium* más bien, donde encontramos al revolucionario y al

1. Collard, G.; Martial, E., *L'Étrange Affaire Alègre*, Rocher, 2005, p. 185. Sobre las “peticiones” en las costumbres “morales” de este “pequeñísimo mundo” universitario, cf. la que lanzó, por acoso sexual, el demógrafo Hervé Le Bras, en *Le Monde*.

reaccionario. Símbolo de una realidad compleja. Pero todos re-funfunan, ¡basta de anécdotas! Hay que pensar en todo esto.

¡Un momento más, señor verdugo! Sólo un recuerdo o dos. 26 de abril de 1969. Heidelberg. Ocultándome de mis amigos del SDS (¡ay, cuando la “duplicidad” nos domina!), seguí a mi profesor de filosofía de la universidad de Estrasburgo, Lucien Braun, para escuchar la lección de Heidegger en el último seminario de Gadamer. Pese a su “gran estupidez” política, su obra magistral, desde aquel tiempo, sigue irrigando, con profundidad, mi reflexión. Allí está, con su redondez bonachona, el pertiguero de Messkirch. Y lo escucho, todavía, llamarnos al orden, a la austeridad, a la aspereza del pensamiento. No escaparé a ello. Hay que abandonar las anécdotas.

Sin dejar de recordar, de todos modos, aquellos encuentros con el decano Charles Hauter, Julien Freund me lo presentó. Había sido el último ayudante de Georg Simmel en Estrasburgo, en 1918. Éramos vecinos. Y ese viejo señor, de gran sombrero alsaciano, me hablaba de la estigmatización de la cual fue víctima aquel pensador, relegado a una universidad en los márgenes del Imperio. En particular porque abordaba, como pionero, temas denominados “frívolos”: el cuerpo, los sentidos, la coquetería, la estética, las sociedades secretas, las emociones, lo no-racional... que otros, más tarde, se encargarían de “redescantar”.

Eterno problema de los “halladores” audaces, y de los investigadores instituidos. A través del decano, yo entablaba un diálogo con el mismísimo Simmel. Allí aprendí el sentido de lo relativo irreprimible del verdadero pensamiento. Fue así cómo adquirí, a partir de semejante apetencia por la travesía de altura, la convicción de que hay que ir al frente con el sentimiento de pulcritud intelectual. Como dice Platón, a propósito del pensamiento, proseguir “una conversación que el alma mantiene consigo misma” (*Teeteto*, 189e). No satisfacerse con un pensamiento satisfecho. Dar lugar a la duda que anima toda empresa

intelectual digna de ese nombre. Saber poner en escena semejante duda fundadora.

Así es cómo podremos escapar a las cegueras voluntarias que acabamos de referir, y que son tan frecuentes en toda existencia. Desde luego, tenemos necesidad de quimeras. Pero todavía debemos ser conscientes para no quedar como crédulos ante ellas. Así es cómo se puede permanecer libre e independiente. Rebelde a los melosos encantos de ese “Prozac” que es toda ideología.

Así es cómo podemos escapar a esa postura moral en nombre de la cual se hacen las peores ignominias. Desconfiar de los buenos sentimientos que son, muy a menudo, la máscara de la envidia, motor esencial de las innumerables persecuciones pequeñas o grandes, mezquinas o grandiosas, que puntúan la vida de las sociedades.

Así es también cómo podemos mostrar que si la moral fue una *forma* de socialización, no es la única posible. Y que si permanecemos pasmados por lo que ésta hace, corremos el riesgo de no poder apreciar las nuevas *formas* de socialización que ven la luz ante nuestros ojos. Sí, tener una mirada abierta capaz de relativizar la Verdad a fin de aprehender las verdades vividas. Capaz de ver cómo la referencia a la Humanidad enmascara, muy a menudo, a los hombres concretos. Tan cierto es que la verdad objetiva, científica, aquella que se *representa* el mundo, debe ser completada por la verdad metafórica que se contenta con *presentarlo*.

Este retorno, este recurso a la presentación empírica se efectúa en un estado de calma. Es lo propio de un espíritu trágico que sabe que no hay salvación y que, por consiguiente, puede alcanzar la serenidad. Lejos de la guerra que libran los conceptos abstractos y generales.

Son estos últimos los que fundan el conformismo intelectual de esas bellas almas acorazadas con sus certezas y sus arrogancias. Los mismos que Charles Fourier calificaba de “contraban-

distas científicos que saben adoptar el tono académico, pasaporte de los errores y las prestidigitaciones”¹.

Así, al retornar a la lúcida y serena presentación empírica, puede verse que junto a un orden de las razones que, desde Descartes hasta Durkheim, marcó el pensamiento francés, existe un orden de las significaciones propio de la actitud hermenéutica.

Actitud hermenéutica, fenomenológica que se inscribe dentro de un *relativismo generalizado*. Es decir, capaz de ver y pensar al mismo tiempo la descomposición del mundo moderno y de su moral universal, y la emergencia de otro, mucho más fragmentario, hecho de éticas yuxtapuestas. Es ésta la viva complejidad que representa el desafío al que nos enfrentamos.

En efecto, las mejores empresas intelectuales son aquellas que, con insolencia y, es esperable, con elegancia, participan en la demolición de un mundo carcomido. Y esto se hace no dentro del ruido y el furor de los vociferadores, tampoco ciertamente dentro de la arrogancia del pensamiento crítico. Sino que, de un modo mucho más *radical*, se trata de un trabajo de zapa que, decididamente, sirve para cavar las galerías que, pronto, permitirán el desmoronamiento de aquellas instituciones totalmente podridas, o al menos anticuadas, que pretenden dirigir la vida social. Y sin embargo, como si nada pasase, éstas siguen *dictando el derecho*, dictando lo que *debería ser*.

Seamos claros, poner en marcha esta *pars destruens* no es una simple postura, un esteticismo decadente. Se justifica solamente porque permite participar de esa *pars construens* que es la acción: pensar la creatividad del hombre sin atributos, pensar la vitalidad de la vida cotidiana, pensar la ética en gestación. Limpiar, para permitir la construcción. Desprenderse de lo *instituido* a fin de que pueda emerger lo *instituyente*.

Digámoslo con claridad, la moral es justamente aquello que

1. Fourier, C., *Nouveau Monde industriel*, 1848, p. 157. Cf. también P. Tacussel, *Charles Fourier. Le Jeu des passions*, Paris, 2000.

representa un mundo que ya no es. Y, como siempre, cuando una cosa ya no existe se profieren, hasta el hartazgo, encantamientos en su nombre. Ese mundo que ya no existe es el que reposa sobre la fe mesiánica en la Historia. La Historia, divinidad de los Tiempos modernos, va a fundar la moral universal sobre la creencia en su Ley: aquella de la emancipación que propone. Los grandes totalitarismos del siglo XX tendrán, cada uno, una interpretación de dicha emancipación, pero la utopía comunista, el milenarismo nacionalsocialista, o la sociedad sin riesgo del liberalismo tienen, todos, un idéntico motor: hay una Salvación posible.

Una cosa muy distinta son las éticas particulares. Más allá y más acá de los universales –el Humanismo, la Clase, el Partido, la Raza, el Mercado, cuyo fundamento es racional–, éstas ponen el acento, para bien o para mal, en la repartición de valores específicos, y en el sentimiento de pertenencia que esto ciertamente suscita.

Otra cosa muy distinta, también, son las deontologías, en el sentido que yo le doy a este término: lo que es tributario de las *situaciones*. El lazo social se elabora a partir de momentos vividos en conjunto. Ya no se espera la Salvación en un Paraíso (celeste o terrestre) lejano, se lo vive, *hic et nunc*, en un instante eterno. Todo está en movimiento, es eventual, efímero.

Tal vez sea, por otra parte, esta labilidad de las situaciones, de las opiniones, de las maneras de ser, tal vez sea la fragilidad de las identidades que todo esto suscita, las que generen crispaciones dogmáticas específicas del debate, del no-debate, del falso debate actual. Y estamos inundados de libros de maestros de escuela, de libros de edificación, de libros periodísticos cuyas características comunes son el aspecto perentorio, la certeza filisteo y la superficialidad del juicio.

Y esto propicia múltiples conminaciones como: “no hay más que”, que toman el lugar de análisis. Para decirlo en un estilo

más elevado, es la lógica del “deber ser” la que tiende a predominar. No es la primera vez, en el curso de las historias humanas, que la saturación vivida de los valores sociales engendra un aumento de arrogancia por parte de las elites de turno. Ya no tienen qué decir. Entonces hablan alto y fuerte.

Y todo sobre un fondo de confusión. El publicista se cree un erudito, el político juega al sabio y el que imparte lecciones se disfraza de maestro de vida. Es necesario que todo sea comunicable, es decir “pasable”. Editores, periodistas, universitarios, parecen ponerse de acuerdo: un análisis sólo vale si es conveniente. El experto que sabe todo de todo (es decir, nada de nada) hace estragos. Lo exotérico es la regla; pero es insignificante si no se funda en un sustrato esotérico.

Ya lo sabemos. Y es inútil lamentarse. Pues más allá y más acá de semejante espectáculo histriónico, más allá o más acá del conformismo intelectual al que, lúcidamente, L. F. Céline tildaba de “sloganizado, blablatizado, glotis en el culo”, se perfilan la exigencia y la práctica de un pensamiento meditativo. Contra la charlatanería utilitaria o la charlatanería abstracta, lo que es todo uno, la necesidad de un verdadero “co-nocimiento”¹, que sepa “nacer con” su objeto. Una palabra que se desarrolle a partir de la experiencia.

Retomando una expresión de las clases de primaria de antaño, algo que se relacione con los “trabajos prácticos”. Que esté atento al sentido de la realidad. Ya no simplemente *representarse* la existencia según modelos establecidos, del siglo XVII al XIX, dentro de un pequeñísimo rincón del mundo: la Europa occidental, sino *presentar* lo que es, en su multiplicidad, en su policulturismo, en su politeísmo de los valores.

Contra la ambición del *concepto* (¿quién no hace conceptos

1. N. del T.: En el original, *con-naissance*. Maffesoli separa el término *connaissance* (“co-nocimiento”) para señalar su etimología: “co-nacimiento”, “nacer con”.

hoy en día?), ambición paranoica de la *voluntad de saber*, volver a lo que Heidegger llamaba “la indicación formal”. La indicación muestra. Y aquel a quien se le muestra debe ver por sí mismo. Lo que remite a la necesidad de la experiencia viva, al aspecto prospectivo y progresivo del aprendizaje.

Esto es el relativismo intelectual. Relativización de los conceptos y puesta en relación de los pensamientos. Saber vivir y saber decir van a la par. Y como señalaba Kierkegaard: “en lo que respecta a los conceptos existenciales, el deseo de evitar las definiciones es una prueba de tacto”¹. Cuánta elegancia de pensamiento en esta tierna aproximación que rompe con la brutalidad doctrinal de los nuevos inquisidores.

Estos últimos “funcionan”, como autómatas, a partir de un pensamiento disociado. Ciertamente, no es la primera vez que hay un alejamiento entre aquellos que “dicen” y aquellos que viven la realidad. Pero el alejamiento se convirtió, en nuestros días, en una fosa infranqueable. De ahí la necesidad de saber decir lo que se vive. Tal como decía Nietzsche: “los originales fueron aquellos que ponen los nombres”. Con lo que recuerda que no hay *original* fuera de lo que es *originario*.

Tampoco las palabras del poder, que, como recordaba más arriba, procede por eliminaciones, denegaciones, contra-verdades, antífrasis. Sino aquellas palabras que se acercan, lo máximo posible, a las cosas. Palabras que se conviertan en discurso vivo. Tan sólo porque se contentan con *presentar* la vida viva.

De un modo rapsódico, hay que decir y volver a decir el cambio de fondo que se opera en las costumbres sociales. Convertirse en altavoz. Decir no lo que quisiéramos que fuera, sino más bien lo que es. La obra de un creador se desarrolla en la *ignorancia*: encuentra su significación al tiempo que va tomando forma. Lo mismo vale para la creación de la vida colectiva. Mien-

1. Citado por Chestov, *Kierkegaard et la philosophie existentielle*, p. 36 y ss.

tras, progresivamente, va tomando forma, encuentra los nombres pertinentes por los que ella se dice.

Las costumbres se perfeccionan, el sentido de las palabras participa de ello. A aquellas, falaces, de los *poderes* (económicos, políticos, simbólicos), a aquellas palabras esclerosadas, disociadas y abstractas, a aquellas del *habla perdida*, hay que saber oponerles aquellas de la *potencia* vivida. Esto es precisamente una deontología del instante. La exigencia de una ética inmoral. La palabra viva y vivida se convierte en *palabra recobrada*. Nos encontramos, aquí, en el corazón del reencantamiento del mundo.